

LA
FILOSOFIA MEDICA
MILITANTE.
CONTRA UNA SALIDA INDEFINIDA DEL SE. INTER.
LA
FILOSOFIA MEDICA
MILITANTE.

MADRID

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

1888

	Sra. Doña Elena Prieto de Campezous
	Sra. Doña Ana de Arce de Morala
Presidenta	Sra. Doña Hermenegilda Saliz de Covington
	Sra. Doña Mercedes de San Felice
	Sra. Doña Carlota Lopez de Ferramochua
	Sra. Doña Rosalva de las Alzuz
	Sra. Doña Josefa Rodriguez Benitez

PARECIDA DE GRANDI

Presidenta	Sra. Doña Carolina de la Cudra de Vazex, San- to 10
Tesorera	Sra. Doña Clementina Gomez y Villar, San- to 10
Secretaria	
Administradora	
Procuradora	
Patronas	Sra. Doña Josefa Gutierrez de Zabala



**ACADEMIA FILOSOFICA MEDICA
MILITANTE**

LA
FILOSOFIA MÉDICA

MILITANTE.

ESCARAMUZA REPULSIVA

CONTRA UNA SALIDA IMPETUOSA DEL SR. HISERN,

POR

D. DIEGO DE ARGUMOSA.



MADRID:

IMPRESA DE DELGRÁS HERMANOS. Pretil de los Consejos, número 5.

1848.

BA

FILOSOFIA MEDICA

MEDITACIONES

ESCARMINA REPUSIVA

CONTRA UNA SALIDA IMPETUOSA DEL SR. HISERN.

POR

D. DIEGO DE ARGUENZA.



UNIVERSIDAD DE MURCIA



1694678

412911

LA FILOSOFIA MÉDICA MILITANTE.

De la medicina el campo
es un campo de Agramante:
tal es hoy: tal ha sido antes,
y siempre será otro tanto.

CONVENCIDO de esta verdad há mas de treinta años, debió llamarme mucho la atención el anuncio de una «*Filosofía médica reinante*», tal como le ha presentado el señor Hisern en un opúsculo que, sin saber por donde, ha venido á mis manos. Me dí la enhorabuena al ver tal nueva, porque siempre uní mis fervientes votos á los de aquellos que claman sin cesar, *aunque en vano*, por el reinado de la Filosofía y de la Justicia.

Poco duró mi satisfacción, pues declarándose el señor Hisern en guerra abierta contra todas las filosofías médicas reinantes, á todas las ha dejado destronadas. Afortunadamente no debe durar mucho el interregno, porque promete proclamar pronto su filosofía médica propia. Venga en hora buena, porque el mejor remedio contra la anarquía es una buena monarquía; pero le aconsejo, si de ello no se ofende, que no presente su futura con las pretensiones y atavíos con que ha decorado el opúsculo citado. Sí; pues aunque corresponden perfectamente al texto y á las conclusiones, habrán dado que pensar y censurar á mas de cuatro lectores. Me explicaré y se convencerá.

Al ver que este libro anunciaba su contenido hasta en la cubierta de la izquierda, díge para mí «algo habrá en la opuesta», y efectivamente, aparece en ella un gallo

muy finchado, de patas sobre una culebra. Desde luego me dió que pensar este jeroglífico: pero despues de leida la obra, ví claro lo que significaba ó podia significar. A la verdad, un gallo vocinglero, símbolo de la vanidad y altanería, sobrepuesto á una culebra taciturna, emblema del saber, y esto, cerrando la plana despues de batidòs y derrotados (por el Sr. Hisern) los AA. de las filosofías médicas reinantes mas célebres y mas bien cimentadas (segun el mismo) tiene mucho que descifrar, y se traduce ó puede traducir en buena lójica de un modo que afecte la modestia de dicho Señor.

Lo mismo diré, aunque en diversa clave, del inventario de títulos que presenta el Sr. Hisern en la portada y contraportada de su obra. No me parece impropio que se adorne con los títulos académicos, siquiera por gratitud á las Academias, que tan generosa y espontáneamente los han prodigado á todos; ni me causa estrañeza que se honre con pertenecer á la servidumbre de Palacio. Lo que sí me parece muy mal, es que haya dado publicidad á su *clandestina categoria de catedrático de término*, pues por de pronto ha dado lugar á que le canten como el otro poeta:

Es del cazador la gala,
despues de la liebre muerta
poner la piel á la puerta,
sea buena ó sea mala.

Le hubiera estado mejor, en mi pobre concepto, seguir el ejemplo discreto de sus compañeros de cucaña, los Sres. Lopez y Obrador, pues se resignan á no ver figurar su *categoria, de término tambien*, mas que en la nómina por los 4,000 de sobresueldo.

Este bien entendido sistema de *apañar y callar* es, sin duda, el mas adecuado á las circunstancias, pues repugnan al buen orden administrativo y á la verdadera justicia estas pretensiones subrepticias y concesiones arbitrarias de categorías, por lo depresivas y altamente ofensivas para los profesores que, por respetos á su dignidad y á la de su clase, cifran sus esperanzas en sus servicios escolares y no en las afecciones personales, sacrificando sus horas en el estudio y no en la intriga: en las enfer-

merias de la escuela y no en las antesalas de los ministros.

Por gratitud y consideracion á estos mismos han debido sus favorecidos mantener ocultas estas singulares gracias, pues la insigne honra que S. M. les dispensa al preferirlos para gobernar á sus súbditos, entre tantos varones eminentes en virtudes y talentos, queda mancillada desde que falsean con sus predilecciones arbitrarias los decretos solemnes del soberano: con detrimento del prestigio del trono, que debian y podian elevar hasta la idolatria.

Debo, en medio de esto, reconocer que hay grande diferencia entre el Sr. Hisern y los otros dos profesores citados, porque estos al fin, sobre ser catedráticos *modernos*, lo son *de real orden*, mientras que aquel lo es por oposicion pública y rigurosa, de la cual tuve el honor de ser juez, aunque parezca increíble al verme *en categoria inferior á todos tres*.....

Volviendo á mi tema, diré que la filosofía médica que profeso difiere de la del Sr. Hisern en algo mas que la variante del anuncio: tengo por erróneas sus máximas terapéuticas, patológicas y, lo que es mas reparable, hasta las fisiológicas. Le considero muy equivocado en todas estas diversas partes de la ciencia y en puntos de mucha trascendencia.

Dificultades ofrece el regularizar la controversia que proyecto, porque diseminadas sus aserciones con algun desórden y no mucha coherencia, seria monótono y pesado el rebatirlas en su lugar.

Tampoco me constituyo defensor de los AA., vivos aun, que el Sr. Hisern alaba y abate. Ellos se defenderán si dan importancia al caso. Uno, sin embargo, muerto ya y maltratado por el Sr. H. merecerá por esto y por la eterna gratitud que le debo, mis esfuerzos por reyindicar su nombre y su honor. Sí: Broussais, el gran Broussais, uno de los hombres *idóneos* anunciados en profecía por Hipócrates para ensanchar y enriquecer el campo de la Medicina, será digno objeto de mis respetos y servicios.

Sí, porque precisamente Broussais ha venido á su vez á redimir y rehabilitar la filosofía médica de Hipócrates, única digna de reinar, y que reina en efecto, aunque sin

ostentacion, en el ánimo de los médicos pensadores que, esentos afortunadamente de ambiciones y pretensiones, se dedican, cual monjes dignos de Esculapio, á contemplarla y acreditarla.

Y si al menos, ya que no se descubrió el Sr. H. al mentar á este grande hombre, hubiera citado sus máximas para rebatirlas, vamos, hubiera estado en su derecho: pero nada de esto: cierra en masa con él y su doctrina, y pasa por encima como el gallo sobre la culebra.

Poco reflexivo y menos generoso anduvo el Sr. H. cuando al censurar la doctrina de los Sres. Trousseau y Pidoux, dice: «es una concepcion ontológica (no digo lo contrario) digna de egercitar el talento polémico de los que han heredado los restos informes de la doctrina de Broussais.»

Cuando añadé que «para fundar aquella doctrina (la de T. y P.) fué preciso que concibiesen una amalgama » fisiológica—nosológica que nada pudiese tener de comun » con los *reprobados principios de una escuela reprobada* » (la de Broussais).

Y últimamente, cuando al enumerar las doctrinas indicadas que iba á censurar, inclusa la del afamado paletó de Greffemberg: el curandero Priesnith, dice: «No » hablaré de este sistema (el de Broussais) tristemente célebre... por que si brilló sobre todo el ámbito de la tierra » por el breve periodo de veinte años, los progresos naturales de la filosofia positiva y de las ciencias, la observacion, la esperiencia clínica, *la fuerza de las cosas*, los » altos juicios de la naturaleza le han sumido para siempre en la noche de los tiempos».....

¡Cuántas ilusiones se hace el Sr. Hisern! ¡No conoce que le adulan por explotarle los brusistas tornadizos!..... Persuádase el Sr. H. ó sepa á lo menos para su gobierno que las grandes verdades que Broussais descubrió, ó por mejor decir, demostró: antes que nadie con hechos clínicos: esas viven y vivirán siempre porque estan en conformidad con las leyes de nuestro organismo, y estas son invariables.

Broussais nos demostró (lo que ya otros nos habian enseñado) que es un error creer que hay fiebres esenciales;

creer que la fiebre es enfermedad y no síntoma; y aunque el Sr. Hisern se halla todavía imbuido en estos errores, los desechará desde que medite detenidamente sobre la esencia (conocida) de las enfermedades.

Broussais nos demostró también de un modo más terminante que otros de sus predecesores, que la gastro-enteritis (esa gastro-enteritis que el Sr. H. apellida *célebre* con una sonrisa sardónica y desdeñosa) hace el principal papel en casi todas las enfermedades inflamatorias, ya como lesión idiopática, ya como lesión simpática. Y estos dos polos sobre que gira la luminosa doctrina fisiológica, serán tan eternos como los de la tierra, á pesar de esos supuestos agentes de destrucción que el Sr. H. cree ver, y que voy á reducir á su justo valor.

Por de contado, es una vaciedad atribuir la muerte de la doctrina fisiológica á *los juicios de la naturaleza, ni altos ni bajos*, pues la naturaleza no juzga, y si quiso decir el Sr. H. *altos juicios de Dios*, reparé que sería hacer un ultraje á su inmensa sabiduría y justicia el suponer que nos mandó un ángel exterminador en la persona de Broussais, ó que le toleró por esos 20 años, y más aun por los 34 que lleva de existencia y duración según mi cuenta. Fuera de estos altos y respetables juicios, no pueden suponerse otros que los de los hombres, y estos no están de acuerdo con los altos juicios del Sr. Hisern.

Tampoco pueden haber destruido la doctrina de Broussais esos «progresos naturales de la filosofía positiva y de las ciencias», según dice el Sr. H., y al probarle lo contrario un ergotista cualquiera, (tubiera ó no el susodicho *talento polémico*) empezaría con un contundente *per te*, pues efectivamente el Sr. H. ha probado (así lo cree él mismo) que son falsas, defectuosas é inadmisibles todas las filosofías médicas que desde Broussais acá se han venido sucediendo unas á otras. Por consiguiente, de este mal tampoco ha muerto.

La observación y la experiencia son sin duda las que deciden sin apelación de toda doctrina médica, pero..... hénos aquí en un conflicto: el Sr. Hisern cree que la observación y la experiencia clínica han acabado con la doctrina de Broussais, y yo creo que la acreditan y la confir-

man cada vez mas: y esto sin referirme á mi esclusivo dictámen, sino al de muchos y muy séveros observadores: ni á mi práctica civil principalmente, sino á la que hago á presencia de cien alumnos nuevos todos los años, capaces todos por su edad, por su lógica y por su altura en las gradas de la ciencia, de juzgar bien y con pleno conocimiento *propio* de causa, puesto que les inculco á cada paso la máxima de que las convicciones no se imponen sino que se adquieren, y que no podemos preciarnos de convicciones propias, mientras no comprobamos en el enfermo ó intervenimos con toda independencía en la comprobacion de las doctrinas adquiridas por lectura ó tradicion oral.

Los dogmas principales de la medicina fisiológica, lejos de sucumbir en la prueba, sacan de ella su sancion. No alcanzan á curar todas las enfermedades ¡triste verdad! ¿Pero cuándo ha dejado ni dejará de haber enfermedades accesibles de preferencia á los remedios especiales, y otras inaccesibles á todo remedio? Nunca.

Así pues, ni los altos juicios de la naturaleza, ni los progresos naturales de la filosofia positiva y de las ciencias, ni la observacion y la esperiencia clínica, han destruido la doctrina de Broussais. Pero, ah! que falta ver si lo ha logrado la fuerza de las cosas, como dice el Sr. Hisern. Hé aqui uno de esos recursos de lógica que no tienen réplica, porque

- Casualidad, fortuna y *hado*
- no tienen significado.

Peró el Sr. Hisern algo ha querido decir, y tal vez porque le quemaba ha empleado ese logogrifo. Realmente hay cosas que hacen fuerza, y en esta conviccion, y rebuscando yo cosas capaces de haber hecho fuerza al Sr. H., he hallado alguna que revelaré por primera vez, porque esta produccion del Sr. H. tiene *para mi* su fuerza misteriosa: ha sido para mi un buscapié, carretilla, culebrilla ó bota-fuegos, que me ha obligado á prescindir de muchos propósitos.

Erased allí por los años 32 de este siglo de los monopolios, cuando amoscados los Arciprestes de la ciencia por

verme profesar las máximas *principales* de Broussais, me intimaron por lo bajo «que renunciase á tal doctrina, pues »de lo contrario se pondría en conocimiento de S. M.» y denostando yo en confianza esta tiranía con el Sr. Capdevila, me dijo: «lo mismo me han intimado á mí, y »creo que *al Sr. H.*».....

Agrégase á esto, que de los 20 años que el Sr. H. concede á la doctrina fisiológica, de refulgencia y dominio universal, iban ya pasados los 18 (data en rigor del año 44) cuando rujía contra ella esta excomunion á matacandelas.

Véase si he podido, aunque venciendo repugnancias, recurrir á este episodio de la antigua escuela de medicina y cirugía de San Carlos, para descifrar el enigma de *la fuerza de las cosas*.

Sea como quiera, en admitir ó desechar doctrinas fundadas en hechos, no hay mas fuerza que la de la razón. Por esto, y porque de lo dicho hasta ahora ha de surgir una polémica (con talento ó sin él) reasumiré lo que á la ciencia y á la humanidad importa, en las dos conclusiones siguientes:

1.^a Son pocas, y generalmente de poca importancia las enfermedades inflamatorias en que no figura la *gastro-enteritis de Broussais*, ó como lesión idiopática, ó como lesión simpática: primitiva ó consecutiva.

2.^a La calentura siempre es síntoma: nunca es enfermedad. Y si se le há de dar este nombre por suponer desorden funcional en el corazón, no es enfermedad primaria ni aislada, ni aun en los casos de absorciones purulentas ni de intoxicaciones miasmáticas.

Hasta aquí no es verdaderamente haber entrado de lleno en materia, sino, principalmente, haber vindicado en algun modo algunas ofensas: ya las del inmortal Broussais, ya otras que afectan mas de cerca al mortal que esto escribe.

Al abordar el asunto principal, es preciso que precedan á otras, algunas consideraciones fisiológicas, por la íntima dependencia en que con ellas se hallan las patológicas, así como también las terapéuticas con respecto á estas.

Preciso es tambien fijar al paso el valor de las palabras, porque de la confusion y vaguedad de ellas resultan ideas que, por confusas y vagas, no pueden servir á ninguna confeccion mental arreglada y fructuosa.

Filosofamos en medicina cuando indagamos la esencia perceptible de las enfermedades, y sus relaciones con las causas que las producen, y los auxilios que las remueven.

Curar las enfermedades es nuestro objeto final, pero esto es inasequible por nuestra parte sin un conocimiento prévio y preciso de la accion que los auxilios terapéuticos ejercen sobre el *organismo enfermo*.

Para formar idea exacta del organismo en este estado es preciso tenerle bien conocido en su estado sano.

Decir organismo es lo mismo que decir *rganos en accion*.

Los *rganos* y el organismo tuvieron un primer momento de existencia, *pero no simultáneo*. Sin *rganos* preexistentes en el gérmen, no hay accion posible en ellos, y con esta accion, improvisada por la generacion, queda instalada la *vida del nuevo ser*.

Al instante primero de esta vida precedió sin duda la *vida de la materia convertida en rganos*. Aun antes de esto gozaba la materia de una *vida á su modo*, y según el grado mayor  menor de asimilaciones y combinaciones; pues puede retrocederse en la escala de estas y hallarla todavia hasta en..... el amianto.

Contrayndonos al objeto principal, y á los datos aplicables al caso que la razon puede suministrarnos, vemos en un embrión una organizacion esperando el supremo momento primero de la vida. Lázaro sepultado pudiera ser, hasta cierto punto, un ejemplo de organizacion elevada de nuevo á la condicon de organismo por el *surge et ambula* del Omnipotente. Del mismo modo el *crscite et multiplicmini* ordenado por el Criador al primer matrimonio para la sucesion de generaciones, envuelve el *rden misterioso  incomprensible*, porque pasa la materia para *organizar un jrmen* y hacerle capaz de *recibir vida* para desarrollarse á favor de ella.

Esta preexistencia de la organizacion del jrmen á su vida funcional es un hecho evidente, y si en la especie hu-

mana no podemos comprobarle, observemos lo que pasa en otras á nuestra vista. Las mariposas del gusano de la seda cuentan pocos dias en tal estado, y destinados esclusivamente á la reproduccion. Empieza la hembra á poner sus huebos antes de encontrarse con el macho, y sigue poniendo despues de este encuentro otros iguales en todo: en magnitud, figura, color y *consistencia coriacea de su cubierta*, y, sin embargo, mientras los primeros permanecen siempre en el mismo estado y perdidos para la especie, los segundos cambian pronto su color, de blanco citrino en aplomado, y se convierten, á su tiempo y espontáneamente, en otros tantos gusanos que crecerán y cumplirán al fin del mismo modo la segunda ley de la creacion.

Así pues, el embrion existe ya organizado y en aptitud para empezar á desarrollarse desde que reciba vida que le eleve del estado de organizacion al estado de organismo, estableciendo la circulacion y la inervacion. Dado este primer impulso por un agente, que en el orden natural no puede ser otro que el electro-galvánico, queda instalada la *vida funcional*: la vida por escelencia. Pero esta vida, que llaman tambien por alarde *fuerza vital, principio vital*, etc., no es ningun agente material ni espiritual; no es ninguna fuerza motriz: no es mas que una condicion, ó cualidad, ó modo de ser con que la organizacion preexistente quedó dotada en el momento de la generacion. Esta misma vida, animando la organizacion y manteniéndola en accion, es lo que constituye la economía viviente: la naturaleza considerada en el individuo; la naturaleza á que nos referimos cuando estudiamos el hombre, sano y enfermo.

A esto se reduce lo que llamamos *organismo*, ó economía viviente, ó *naturaleza humana*. Nada mas: porque si en el hombre hay verdaderamente algo mas y muy sagrado, no es de naturaleza sino de privilegio: no es condicion de vida humana, sino dotacion del hombre vivo.

Esto es muy obvio, y sin embargo, el Sr. H. cree otra cosa, pues dice: «Creemos (se pluraliza) como los dinamistas vitalistas racionales que la *vida* precede á la «organizacion en la materia orgánica ú organizable del

«embrión; que *la vida* es el principio agente y determinante del movimiento organizador; que *la vida* crea la organización; en una palabra, que *la vida* es la causa eficiente de la organización, no la organización causa eficiente de *la vida*».

En este notable párrafo no faltan palabras, pero sí falta sentido preciso en ellas. Cinco veces se mienta la palabra *vida*, y no se hace distincion en ellas, á pesar de ser imposible la acepcion idéntica en todas. ¿Si la vida del embrión no surgiera *nueva* de las combinaciones funcionales de la organización, dónde tendría principio?..... ¿Si la vida del embrión fuese la vida de la materia organizada, qué necesidad tendría de fecundacion el gérmen ya organizado?..... Y el hecho reconocido por todos es que sin este requisito de nada le sirve que su sustancia esté organizada y goze de vida, pues no por eso dará el primer paso en la carrera de la vida funcional.

En grande oscuridad dejó esto el Sr. H.: veamos si otros párrafos ponen mas en claro las ideas fisiológicas de este señor.

Por decontado, al deséchar con harto desenfado la filosofía de Rostan, porque éste no admite en el cuerpo humano vivo sino *órganos en ejercicio*, dice el Sr. H. que en buena filosofía fisiológica «no puede reducirse la economía animal viva á solo *órganos y funciones*» y añade en otro lugar: «no adoptamos los principios del *materialismo fisiológico*.....» «consideramos eminentemente absurdas en fisiología *las opiniones materialistas*.....»

Dan que pensar estas exigencias del Sr. H.: ¿Qué otros elementos constitutivos necesitará este señor para dar por corriente y en accion la economía viviente?..... No es fácil adivinarlo, pero algo podrá deducirse del pasage siguiente.

Despues de batir con ardimiento la escuela orgánica por estar fundada solamente «en principios puramente «sensuales y objetivos» y como para descansar de tanto mandoble, toma el consejo de Séneca y dice: «elevemos «nuestro ánimo mas allá de las cosas humanas y terrestres.....» Vamos, está visto: parece asociarse el Sr. H. á aquellos que consideran como condicion indispensable del

organismo la intervencion de nuestra alma inmortal en su mecanismo, y á ella pudiera decirse que se refiere cuando dice: «alguna causa interna, alguna potencia, alguna fuerza ha de dirigir necesariamente estos actos (las funciones).

Ademas de que siendo consecuente el Sr. H., ha de darle (al alma) parte activa cuando le dá participacion pasiva, como realmente se la dá, pues dice hablando de enfermedades..... » y de aquellas que alcanzan hasta » la parte mas noble del ser humano, el aura inmaterial, » el destello de la divinidad, que es su esencia.».....

No hay duda: animista le tenemos, á lo menos en esta parte.

Séalo en hora buena. No le seguiré yo en un terreno tan declive y resbaladizo. Solo le diré que no podria conciliar su fisiologia con la embriologia sagrada, ni con la psicologia profana, y que se reirian de ella y de su aplicacion á la patologia, no solo los frenologistas, sino, lo que es mas sensible, hasta los albéitares. Sí, porque tambien *los caballos se vuelven locos.*

Tratándose de verdades reveladas, he creído siempre que es profanarlas y hacerlas perder de su escelso carácter el traerlas á discusion.

Que el único ser creado á quien es dado conocer al Criador haya sido dotado con un privilegio especial que le haga partícipe de celestiales goces, se comprende bien y, desgraciado el que por no comprenderlo le esquivé su fé! Pero que éste privilegio haya de ser necesario en el hombre para lo que no le necesita el caballo, eso no se comprende: eso repugna á la razon. Y si «*ánima belluarum in sanguine est,*» como dice la Sagrada Escritura, no hay una razon para que no siendo inferior en composicion la sangre del hombre, no pueda bastarle del mismo modo á las necesidades de su organismo.

Oficioso parecerá en gran parte lo dicho hasta ahora, pero no: era preciso para evidenciar lo inexacto y confuso de la fisiologia del Sr. H., y sobre todo, para rectificar la mas inexacta y trascendental aplicacion que de esta fisiologia hace el Sr. H. á la patologia y á la terapéutica. Sí, porque esta imaginaria concepcion en fisiologia de

fuerzas y de potencias, y de agentes interiores, vienen á convertirse en patología en otros entes no menos imaginarios: en agentes, fautores, y promotores de esfuerzos, de reacciones del organismo, calculadas, dispuestas y dirigidas como por la mano al admirable fin de repeler, neutralizar, combatir y derrotar los agentes morbosos que nos asedian, nos invaden, nos mortifican y hasta nos matan. De aquellas misteriosas potencias ha nacido ese autocratismo de la naturaleza: esa soñada naturaleza con sus relevantes atributos de vigilante, pródiga, sagaz, valiente y de armas tomar para combatir de frente y flanco las enfermedades con tal denuedo y poderío, que despues de haberla apellidado « *Natura morborum medicatrix*, » han llegado sus adoradores á decir y sostener que « *la naturaleza es la que cura: que el médico no cura:* » subiendo todavía en algunos el arrobo hasta el punto de hacerles decir, que « *la naturaleza es todo: el arte es nada.* »

Y como el Sr. H. dé en su opúsculo pruebas de pertenecer á estos fervientes devotos de la naturaleza, era preciso entrar en cuentas para reducir á lo justo su valor.

Dicen bien esos AA. combatidos por el Sr. H. que en el organismo humano solo existen órganos y funciones, y aunque á este señor se le figura que se quedan cortos, no es así: admiten cuanto puede admitirse, y no necesita mas el mecanismo de la vida para entrar en carrera y continuarla hasta la muerte. El mismo Sr. H. se hubiera persuadido de ello con solo reflexionar que la palabra *funciones* comprende ya ó supone esas potencias interiores, esas fuerzas ó esos agentes que dice dirigen tales actos. No desempeñarían funciones los órganos si la vida no los mantuviera en accion. No habria funciones si los órganos, ademas de su dotacion de propiedades vitales, no tuvieran materiales de qué disponer para realizar aquellas.

No solo puede considerarse reasumida la fisiología toda en esas dos palabras, *órganos y funciones*, sino que en rigor esta última podria bastar, pues no puede haber funciones sin órganos vivos y escitables, sin agentes de escitacion, y sin materiales que entretengan su accion orgánica y funcional.

Esto no debió nunca motivar disidencias. Con mas razon ha podido ocasionarlas lo relativo á la esencia de la vida, por tan oscura y misteriosa; pero ni esto puede autorizar la creacion de tantas ideas abstractas para representarla, y en rigor para mas oscurecerla. Efectivamente, las palabras *fuerza vital*, *principio vital*, ni cuantos otros sustantivos se han inventado ni puedan inventarse, dirán nunca mas que la palabra sencilla *vida*, y así, en lugar de perifrasearla, seria mas conducente inquirir y fijarse en alguna de sus principales condiciones ó propiedades para espresarla y poner á la vez mas al alcance de nuestros sentidos su influencia en los fenómenos que de ella emanan. Por esto, y por lo mucho que interesa en el cultivo de las ciencias la precision del lenguaje he preferido siempre la palabra *escitabilidad*, pues por mas que el abuso pudiera haberla hecho desmerecer, siempre tendrá la gran ventaja de suponer vida, sensibilidad, irritabilidad y aptitud de accion en una escala variable y muy estensa, tanto en los diversos órganos dentro del orden fisiológico, como en los diversos males en el orden patológico.

Pero la vida y la escitabilidad, que es su principal atributo, si bien fué dada en usufructo comun á todos los órganos; sin embargo, es preciso observar que no les fué dada por igual, sino en proporcion á las necesidades de su destino. Y como esta propiedad de los órganos vivos procede en todos de uno ú otro sistema nervioso, y aun en muchos, de los dos á la vez, de ahí la comunicacion intima y general establecida entre ellos, la participacion mútua de sus escitaciones, la trasmision de estas de unos á otros, y su predominio alternativo en estos segun sus condiciones habituales ó accidentales.

Esta escitabilidad de los órganos vivos, es la que les dá, ó por mejor decir, la que constituye su aptitud para sentir y darse por sentidos: para recibir la impresion de los escitantes y responder á ella con fenómenos vitales, no solo propios, sino tambien de sus coligados.

Esta escitabilidad es el talisman de la vida en cada individuo, en cada uno de sus órganos, y en cada elemento anatómico de ellos, y este es el *principio vital* que el Sr. H. se complace en ver reconocido y admitido en uno

de los A. A. que combate, como si le desconocieran los demas, ni le hubiera desconocido nadie desde Hipócrates hasta.....Priesnith.

Este *principio vital* sinónimo de fuerza vital, es el *desideratum* del Sr. H. cuando apela á una potencia interior, á un agente que promueva y sostenga la accion de los órganos. En esto, créalo, todos estan de acuerdo con él, porque él se ha puesto en la creencia de todos. En lo que de seguro no habrá conformidad será en considerar, como el Sr. H., á este principio vital como agente y autor de reacciones, y en dar á estas la significacion y virtud propias que el Sr. H. les concede.

Esta escitabilidad ó principio vital no es un agente, sino mas bien en rigor, un paciente. No es un *agente*, por que no tiene ni es capaz de accion ni facultad propia para hacer, ni ordenar, ni dirigir, ni promover acto alguno. No tiene accion ni facultad, porque no pasa de ser en sí mismo una cualidad, una condicion ó una propiedad de los órganos vivos. Estos son los que mediante esa propiedad ó condicion actúan y consuman en detall y en conjunto los fenómenos todos del organismo, ya sano, ya enfermo.

Paciente y no *agente* he dicho, porque en verdad que constantemente le vemos subordinado y sumiso al poder de los modificadores ó escitantes de los órganos. Estos en el goze de su vida privada y comun tienen su *tipo normal de accion*, y no salen de él sino á impulsos ó mediante la accion preternatural de los modificadores, asi como para conservarle y conservar con él la salud y la vida, necesitan de su accion natural y constante. Asi la salud y la enfermedad se presentan, generalmente hablando, reasumidas con toda exactitud en la sencilla y concisa fórmula de escitabilidad y escitacion en en su tipo normal, ó fuera de él. Y no se diga si es ó no es doctrina de tal ó cual autor ni se la zumbe con el *as* y el *es*. Lo que en buena filosofia procede, es averiguar si esta máxima ó principio fundamental, está ó no en conformidad con los fenómenos del organismo á que alcanzan nuestros sentidos, y por el intermedio de estos, nuestra razon. Estándolo, tiene que ser la base fundamental de toda filosofia patológica, y afortunadamente en este punto capital apenas hay disidencia.

Las divergencias se notan al apartarse de este foco luminoso, contribuyendo naturalmente á ello la obscuridad del objeto por una parte, y nuestro afan de explicarlo todo, por otra. Loable seria siempre esta tendencia, por cuanto obedecemos á un impulso natural, pero deja de serlo desde que por nuestra impaciencia y nuestro orgullo preferimos ir en alas de la imaginacion antes que al paso lento de una detenida observacion.

Base de la filosofia patológica he dicho, porque de la fisiología á la patología, como de la salud á la enfermedad, es natural é indeclinable la transicion: entre estos dos estados no hay término medio: se confunden en un punto por mas inaccesible que él sea á nuestros sentidos externos. Dentro del orden fisiológico vemos realizado como en simulacro este tránsito. En el estado de mas completa y firme salud, recibe el estómago la escitacion de los alimentos, y la difunde por toda la economía, en términos que hasta el pulso adquiere y conserva por mas ó menos tiempo aquel aumento de frecuencia y desarrollo que autoriza al fisiólogo á calificar tal estado de «*fiebre digestiva.*» Este es un hecho positivo y de muy diversas y exactas aplicaciones á la patología y á la terapéutica.

De una alteracion de esta escitabilidad de los órganos, depende sin duda la *inmensa mayoría* de las enfermedades, y entre ellas, casi todas por aumento de escitacion, y pocas por depresion de ella. Pero el Sr. H. *no reconoce mas enfermedades que las dinámicas*, es decir, las que presentan como principal factor de ellas, primario ó secundario, *la alteracion de la escitabilidad*, ó como llama principio vital. «No existe, dice, ni se concibe enfermedad sin perturbacion de la vitalidad del organismo..... y para precisar mas su concepto, dice: «las alteraciones de posicion ó estructura (de los órganos) no constituyen enfermedades por sí solas.....en buena *filosofia médica*, no pueden considerarse las enfermedades como meras alteraciones de los órganos.....las lesiones mecánicas, físicas y químicas del organismo humano, jamás constituirán enfermedades por sí solas.» «Nadie llamará enfermedad á una falsa articulacion, consecuencia de una

»fractura, ni á una solucion de continuidad perfectamente cicatrizada.»

Muy aventuradas son estas opiniones del Sr. H. Bien se conoce que no están basadas en una fisiología positiva. Esta, efectivamente, enseña que no hay salud donde falta, en poco ó en mucho, la regularidad de las funciones: y esta sola reflexion, tan obvia y trivial, le hubiera bastado para conceder el carácter de enfermedades á esas alteraciones mecánicas á las cuales se le niega. Sin mas que alteracion de testura aparecen y progresan aneurismas y varices que, abiertos al fin como término imprescindible de su carrera, matan al paciente. ¡Y no son enfermedades en la patologia del Sr. H!!!..... ¡Tampoco lo es la compresion cerebral por sangre acumulada entre meninges y cráneo, ó por hundimiento ó subintracion de los fragmentos de este!!!..... ¡Tampoco la asfixia mortal por derrame traumático en las pleuras, ó por enfisema del pulmon!!!..... Vamos, vuelva en sí el señor H. porque si hay herejías médicas estas pueden ser censuradas por tales.

Pero no quiero concretarme á estos ejemplos que tanto abruman al Sr. H. y descenderé á los casos mas indiferentes de lesiones mecánicas, para probarle igualmente que desde la cicatriz del último dedo hasta la compresion dicha del cerebro, todas las lesiones físicas y mecánicas de los órganos constituyen enfermedades.

Por mínima que sea una alteracion funcional, no deja de ser alteracion, y dicho se está y considerado como axioma que *el mas ó el menos* no varia la esencia de las cosas. Una cicatriz en el dedo altera, entorpece y hasta imposibilita sus funciones, y esto es enfermedad.

El tejido mismo de la cicatriz, no solo se nos presenta alterado en su sensibilidad, sino que, disecado, le hallamos fibroso, aunque sea en el tejido celular, y poco vascular, aunque sea en el pulmon; y, ¿con tal alteracion física, desempeñará sus funciones orgánicas como antes de verse en tal estado? No, seguramente. Indiferente será este estado para la economía, y hasta para el órgano mismo: pero no por eso deja de ser una alteracion de las condiciones normales de testura y de funcion, y por con-

siguiente enfermedad. Apenas merece este nombre, es verdad, y apenas merece el asunto las cuatro líneas que le voy dedicando, como punto de patología; pero sí, como punto de lógica. Las palabras representan ideas: estos son los elementos de nuestros juicios, y así, para que estos sean exactos y cese de una vez, si es posible, la confusión y algaravía, es preciso que se entienda bien qué *enfermedad es toda alteracion de un órgano vivo* que dificulta y turba su funcion. En esta definicion, aunque breve y clara, aun sobra en rigor la palabra *vivo*, porque donde no hay vida, no hay funcion. Mas diré: hasta pudiera reducirse á la sencilla fórmula de *alteracion de un órgano*, porque es imposible que alterado, física, mecánica, química ó vitalmente, no se altere su funcion.

Considerada de este modo la enfermedad, abraza su definicion todos los extremos: desde la hipertrofia de la pestaña mas delgada, hasta la inflamacion de la médula oblongada, y desde el lunar de la piel que agrada á un casquivano, hasta el aneurisma de corazon que mata á un veterano.

En toda esta estension es preciso considerar la palabra *enfermedad*. Decir que «*una hernia es un achaque y no una enfermedad*,» es embrollar lastimosamente las ideas: es crear sin reflexionarlo, estados intermedios que repugnan á la razon por no conformarse, ó con la fisiología ó con la patología. Si por dar á la palabra *enfermedad* un sentido tan lato, ha de haber que dar este nombre á muchas alteraciones insignificantes, vénzase desde luego esta repugnancia en obsequio de la *filosofía médica*, pues aunque el Sr. H. crea lo contrario, ésta queda siempre bien servida cuando se aprecian los fenómenos en su esencia y en sus relaciones con las causas y con los efectos.

Concretándome ya á las enfermedades por alteracion dinámica del organismo, ó lo que es lo mismo, por alteracion de la escitabilidad y de la escitacion, tengo que rebatir un error del Sr. H., apuntado ya atrás. Se complace este señor en la idea de «*reaccion de la fuerza vital*,» contra la accion deletérea de las causas morbíficas,» y por considerar mas elevado el concepto que de esta fuerza *tiene* formado Hanhemann, le presenta y dice: «*nuestra*

» fuerza vital tiende á desplegar su energía contra la influencia de las causas morbificas. » Este concepto, si es mas elevado, no es menos equivocado. La escitabilidad de los órganos, por mas que gratuitamente se la eleve á la categoría de fuerza, de potencia, ó de agente, es lo cierto que no egerce tal poder contra las causas deletéreas, ni aun contra las comunes. Si la escitacion sube de punto, no es *contra las causas*, sino *por las causas mismas*. En los órganos cabe un aumento de accion, pero nunca puede darse á este aumento de accion el dictado de *reaccion*, ni aun en lenguaje figurado. La reaccion supone oposicion al promotor de la accion, ó una accion contra otra accion, y no hay fenómeno alguno fisiológico que, bien meditado y analizado en su esencia y en sus fases, nos marque tal oposicion, ni tal duplicidad ni sucesion de accion. El organismo respecto de sus modificadores, siempre es pasivo: con placer cuando sano, ó con dolor cuando enfermo; siempre pasivo. Los agentes fisiológicos y patológicos escitan ó afectan por su virtud el organismo: pero este no goza de accion directa contra ellos. Cuando se agota la accion de aquellos, cesan sus efectos; mas no por virtud ó resultado de reaccion ó lucha, sino por virtud de otra muy diferente ley del organismo: ley, que nuestro Valles, profundo en todo, formuló diciendo: «*Natura quum nihil plurimum irritat ordinem sibi familiarem servat.*» Esta tendencia al tipo normal de accion de los órganos, es la principal factora del restablecimiento de la salud: mas no el supuesto triunfo de la reaccion sobre sus instigadores. Mientras estos siguen, vá en aumento la escitacion ó supuesta reaccion, como producto de su influencia, y no como recurso de oposicion.

Aunque quimérico este concepto de reaccion, es preciso reconocer la necesidad que tuvo el patólogo de una palabra que espresára el desarrollo de accion morbosa subsiguiente á la accion de las causas patogénicas, sobre todo cuando son de aquellas que en su primera impresion deprimen, sofocan y tienden á aniquilar la vida. Pero ni aun en este caso constituye reaccion la escitacion subsiguiente y opuesta á la depresion, sino un efecto secundario de la misma causa.

Por considerar como efectiva esta reaccion ó supuesta lucha del organismo contra las causas morbíficas, se fió á ella el éxito de las enfermedades mas de lo que la prudencia permite, y precisamente ahora que se iba disipando este presunto poder contra las causas, vuelve á rehabilitarle Hanhemann, y no ya contra las causas de la enfermedad, sino contra la enfermedad misma. Ilusoria es tambien la idea, aunque siquiera en sus manos es calculada en sus medios y en su fin, y no eventual en su origen y resultados.

Revindicada la Patologia en su derecho á la estension de dominio que le corresponde, y reducida á su justo valor la decantada fuerza de reaccion en el terreno de la patologia, pasemos á la terapéutica, en la cual no considero tampoco muy esacto al Sr. H.

Ya que al fin se habia de manifestar este señor decidido por la homeopatia, á pesar de los errores y defectos que halla en ella. (no se lo niego) pudo hacerlo sin la guerra á sangre y fuego que al paso ha hecho á los demas sistemas terapéuticos, porque al fin alcanzan mas de cerca al enfermo nuestras pócimas que nuestras opiniones, y ya que el alópata puede contar con algo mas para fijar su indicacion y el indicado, que el homeópata con su empirismo ilustrado, debió respetarle en la posicion firme en que se halla, y no presentarle á sus clientes como un médico vitando.

El hallazgo de los infinitesimales *no ha destruido todas las creencias médicas anteriores*, como el Sr. H. asegura: nada de eso. Lo único que ha hecho, (y no es poco ni de escaso valer) es enriquecer la terapéutica con un recurso mas: agregar á las creencias anteriores otra creencia mas, con mas ventajas en parte, y en parte con mas inconvenientes. ¿Dejará de ser jamás la sangria del alópata un remedio, tan seguro por lo menos contra la pulmonia como el acónito del homeópata?.... ¿Podrá nunca éste conjurar tan pronto como aquel con sus respectivos auxilios un riesgo tan inminente? No, seguramente.

Tampoco puede competir hasta ahora con el alópata en un caso de intermitente perniciosa, pues su arsénico, su *ignatio*, y demas auxiliares infinitesimales se quedan

muy atrás en competencia con la quina á mano llena. Estos y otros casos perentorios son los que principalmente deciden de la escelencia de un método ó de un remedio, y la fé bien merecida de muchos de estos no ha sufrido en lo mas mínimo por los embates de la homeopatía, ni de los infinitesimales.

No es esto amenguar el mérito de esta *nueva terapéutica* (no se estiende á mas el gran paso que Hanhemann ha dado): al contrario, desde que la comprobé por mí mismo me convencí de que los infinitesimales de Hanhemann modificaban la escitabilidad del organismo, y que modificaban favorablemente muchas veces el organismo enfermo, y en este convencimiento estaba, cuando al ver años há en uno de nuestros periódicos calificada de farsa la homeopatía, dije en público á mis alumnos que si, efectivamente, la esplotaban, como lo hacen hoy y lo harán siempre, muchos farsantes, médicos y curanderos, no por eso podia decirse que ella fuese una farsa: que en lo terapéutico habia principios positivos: que era preciso admitirlos y estudiarlos, y que, para hacerlo como del médico lo exigen la ciencia y la humanidad, es preciso profundizar mucho el estudio del organismo.

Esto me valió el título gratis de homeópata, que ni aun hoy debo aceptar, porque ni mi razón médica, ni los resultados de mis ensayos me han infundido confianza en la homeopatía *superior* á la que tengo en la medicina fisiológica.

Al levantar pendones por la homeopatía el Sr. H., ha puesto frente á frente esos dos lemas en que tan inesactamente han considerado reasumida la ciencia de curar los alópatas y los homeópatas, pues asi el *contraria contrariis* como el *similia similibus* están lejos de poder aplicarse á la generalidad de las enfermedades. Ademas de esto, no reparan que estos dos hablativos no conciertan con un tercero único, sino con dos diversos, *medellis et morbis*, faltando por esto la competencia por paridad, y quedando por todo reducida la cuestion á un juego pueril de palabras: y para hacerla mas interminable sale el Sr. H. con el registro orijinal de que la homeopatía, lejos de curar *cum similibus similia*, cura, por el contrario, *contraria*

contrariis, de suerte que se vá á verificar aquel anuncio profético de nuestro célebre valenciano Virrey y Manceguando dijo: «*ha de llegar tiempo en que médicos con médicos no nos hemos de entender.*»

Peró no es este el principio terapéutico en que mas confundidas aparecen las ideas: hay otro, tocado ya antes al paso, que ademas de embrollar las ideas del médico, escatima y eclipsa las glorias de su arte. Hablo de esa borla de doctor concedida por el señor H. á la naturaleza cuando dice que «la potencia curativa ó medicatriz del organismo es la única capaz de restablecer por su actividad propia la salud perdida..... «Que no es el arte quien cura, sino la naturaleza.»..... «Que el arte no hace ni puede hacer otra cosa que *favorecer y dirigir convenientemente* á la naturaleza..... promoviendo *reacciones medicatrices*, únicas que pueden triunfar de las enfermedades.»

Muchas ideas inesactas envuelven estas aserciones del Sr. H. Al diccionario de la lengua le remitiria yo si no fuera mengua para un consejero de instruccion pública. Entraré por esta consideracion en un analisis detenido.

La naturaleza llamada, por donaire, *medicatrix*, no es mas que el organismo subordinando su accion á las propiedades vitales de los órganos: el organismo en un grado de accion proporcionado á la escitabilidad de los órganos y á la energia de los escitantes: ésta, variable siempre, y aquella con su tipo normal para constituir la salud, pero tipo variable tambien, y que varia á cada momento y *nunca espontáneamente*, sino á impulsos siempre de los modificadores de ella, escitantes casi siempre, aunque tambien á veces deprimentes.

Asi dispuesto el organismo, ó la economía viviente, ó la naturaleza (llámese como se quiera) tiene que seguir forzosamente el rumbo que se la impuso, ya en orden (salud) mientras guarden proporcion los modificadores con la escitabilidad, y ya en desórden (enfermedad) en el caso contrario. Altérese la accion de los modificadores, y surgirá el desórden, y seguirá ó cesará forzosamente segun que desaparezca ó persista la accion preternatural de ellos. Aquí está retratada la naturaleza en sus fases principales.

¿Y qué hace en uno y otro caso? Seguir sumisa el impulso dado: sufrir el desórden mientras no cesan las causas, y volver al tipo normal de accion cuando ellas cesan. No hay mas, ni hay términos hábiles para sostener otra cosa. La imaginacion podrá sugerirnos creaciones fantásticas si nos elevamos «sobre las cosas humanas y terrestres;» pero la razon fria no se paga de ilusiones, ni la lógica severa transije con sofismas.

Pero hay muchas enfermedades que se curan sin la mas mínima intervencion del arte. Es verdad: ya está visto el porqué. Cesen las causas primarias y secundarias del desórden, y el órden volverá por sí mismo: volverá la accion de los órganos á aquel tipo en que se equilibran su escitabilidad con sus modificadores. Esta tendencia al órden, acompaña al organismo en el restablecimiento de la salud: le acompaña, no le conduce. No es un principio activo: no es un agente; es una condicion inherente.

Y esta es la potencia que «*por su actividad propia restablece salud!*».....si es potencia, de órden bien inferior sería cuando, á poco mas poder que la enfermedad adquiera, ya no se basta á sí misma. Y si por su *actividad propia* restablece la salud, es bien inconcebible que el restablecimiento de esta se manifieste en razon opuesta á la *actividad* de aquella: que sea preciso que disminuya la actividad para que aumente el restablecimiento..... No hay que darle vueltas, porque á pocas mas apareceria el dictado de *potencia medicatriz* como un sarcasmo.

Pero esto es solo en enfermedades tan leves, que se curan por sí solas, y para estas no se hubiera creado nunca la medicina. Esta ciencia, de institucion divina, tiene que intervenir en todas las enfermedades de alguna gravedad: pero aun en estos casos dice el Sr. H. que *el arte no cura; que el arte no hace ni puede hacer otra cosa que favorecer y dirigir convenientemente á la naturaleza.*

Bien, pues esto es todo: porque esto supone su inmenso poder. Por esto se dijo (aunque faltando no poco á los respetos divinos) *medicus Deo æqualis est.* Si señor, si esto hace el arte, es cuanto hay que hacer. Esto es curar con respecto al arte, y dejarse curar con respecto á la naturaleza. El arte lo hizo todo, puésto que sin él hubiera

sucumbido la naturaleza. Esta, con todo el admirable y respetable poder que sacó de las manos del Criador, hubiera sucumbido, si el arte no hubiera venido á realizar en parte lo que dispuso el Omnipotente en aquel «*ne moriaris in tempore non tuo.*»

Esto es muy óbvio, y si lo especial del caso permitiera una comparacion, pondria la siguiente. El bajel mas escelente en todos conceptos, al tomar puerto para salvarse de una borrasca, vá á naufragar. La barra por delante, las olas por detrás, y los escollos por los lados, le amenazan con muerte segura: pero un *práctico inteligente le favorece y le dirige convenientemente.* Salva los peligros y le pone en salvo. Y nó seria entonces risible ver al grumete encarecer el poder de su buque y atribuir su salvacion á los esfuerzos de su tripulacion? — Sin duda. — pues el caso no será igual, pero las circunstancias son muy parecidas. El práctico evita el naufragio, como el médico evita la muerte.

Aqui concluiria yo, sino viera al Sr. H. ocupar aun posicion en la homeopatía, pues á su teoría se refiere cuando concede al arte por toda gracia, el promover *reacciones medicatrices, únicas* que pueden triunfar de las enfermedades.

Tambien con esta absoluta ha tenido el Sr. H. la mala suerte de perjudicar á la homeopatía, en términos, que con esto y con haber minado su base, negando la verdad del *similia similibus*, ha sembrado la cizaña en su mismo campo, y harto será que nó se arrojen á arrancarla los homeópatas celosos de su bandera, por mas que los retraiga el temor de contróvertir entre sí.

Efectivamente, no son las reacciones ni las agravaciones indispensables para la curacion por los infinitesimales. He obtenido con ellos disminuciones casi á mi vista de los síntomas intensos preexistentes á su uso, y sin el mas mínimo indicio de reaccion ni agravacion, en la conjuntivitis con el arsénico: en los herpes con el azufre; en algunas neuralgias faciales con el carbonato de amoníaco, y en algunas otras afecciones esternas y de fácil apreciacion en sus fases.

No seria tampoco una recomendacion para la homeo-

patia el limitar sus curas á las que subsiguiesen á reacciones, puesto que estas consisten en un desarrollo en mayor escala de síntomas idénticos á los preexistentes, y es muy obvio y muy lógico que si aquellos se disipan por sí mismos completamente, del mismo modo ó mas pronto se hubieran disipado los preexistentes, menores que ellos.

Al concluir una tarea tan repugnanté para el que, amando la ciencia, la vé sufrir en continuas controversias, debo decir para atenuar su mal efecto, que estas no dependen de la falta de principios fijos en medicina, sino del diferente temple de los que la profesan: del diferente modo de apreciar los fenómenos, y del diverso juicio que por lo mismo formamos de ellos. Esto pende de nuestra organizacion, pues aunque todos tenemos un cerebro, no se hallarán dos que le tengan igualmente organizado, en cuanto al mayor ó menor desarrollo de los órganos encargados de las confecciones mentales. Los hay de gran capacidad para recibir y retener ideas, y poco aptos para formar juicios de ellas. Háilos igualmente de distinguida facilidad en atesorar hechos, y al mismo tiempo carecen de disposicion para fijar su valor: *para compararlos* y deducir la diferencia en sus semejanzas y la semejanza en sus diferencias. Ya esta falta nos hace inhábiles para filosofar con acierto: pero mucho más cuando carecemos de energia en el órgano de la causalidad, y deducimos, como el vulgo, la dependéncia mútua de los fenómenos, de la anterioridad ó posterioridad de su manifestacion, confundiendo asi las causas con los efectos.

A este mal se agrega otro que hoy eunde como nunca: el de las ambiciones literarias. No hablo del noble y santo deseo de saber, sino del prurito y comezon por parecer sábios: del pueril afan de figurar en línea superior á los demás. Para estos no hay cosa juzgada: todo lo volverán á poner en tela de juicio para darse el tono de reformadores: y si con la discusion desinteresada gana la ciencia, tambien con la colision desmesurada pierde la ciencia y la profesion.

No sería tampoco una recomendacion para la homoc-

